

(**Máximo García Ruiz**, 10/08/2020) Las cosas comenzaron a irnos bien. Las ventas en nuestro negocio familiar aumentaban con relativa rapidez. La demanda era creciente, lo cual nos permitió “ajustar” los precios con lo que el margen de ganancia se consolidó al alza.

Cambiamos de coche, adquirimos un apartamento en la playa y, por fin, pudimos cambiar de casa a un barrio más acorde con nuestro estatus actual. El banco tenía plena confianza en nosotros y no objetaba la solicitud de nuevos créditos. Las vacaciones por Europa del último año fueron realmente sensacionales; se cumplió el sueño de nuestra vida. La verdad es que nos las teníamos bien mecidas. Nos acostumbramos a comer los domingos en buenos restaurantes y dejamos de esperar a las rebajas para renovar nuestro fondo de armario. Por fin pudimos sacar a los niños del colegio cutre del barrio y matricularles en uno más acorde con nuestras posibilidades. El mayor aún está cursando un año escolar en los Estados Unidos para afianzar bien el conocimiento del idioma.

No estaría de más recuperar la receta que impulsó la ética protestante y aplicarla tanto a nivel fa

Todo marchaba viento en popa, hasta que los medios de comunicación se empeñaron en dar malas noticias: que la deuda del país y de las familias era excesiva; que el *boom* de la vivienda era en realidad una burbuja, que algunas entidades financieras se habían declarado en quiebra; que los bancos habían restringido los créditos; ¡que estábamos en crisis! Pues vaya novedad, ¡siempre estamos en crisis! Tal vez en otros lugares, en Irlanda, en Grecia, en Portugal… pero aquí las cosas van bien. Es cierto que las ventas ya no iban en aumento, que algunos clientes dejaron de visitarnos, que el banco se negó a darnos un crédito personal para el viaje a los Estados Unidos que habíamos programado con tanta ilusión, pero no pasa nada, todo volverá a su cauce.

No sólo las ventas continuaron bajando, sino que algunos clientes desaparecieron dejando deudas sustanciosas. La situación comenzaba a ser alarmante, pero ¿cómo dejar de salir los domingos a comer con los nuevos amigos?; ¿cómo castigar a los niños sacándoles del colegio exclusivo para llevarlos de nuevo a la escuela pública?; ¿cómo interrumpir la estancia del mayor en los Estados Unidos?; ¿cómo reducir o controlar los gastos de ropa, vacaciones, teatros, etcétera? ¿Qué pensarían nuestros amigos?

Cuando me desperté bañado en sudor, tardé mucho tiempo en reponerme del mal sueño.

***

Max Weber situó el foco de su análisis sociológico sabiamente cuando estudió las causas diferenciales entre los países europeos surgidos bajo cultura protestante -prósperos económicamente, liberales en sus ideologías, respetuosos con las libertades y abiertos a la movilidad social- y los países, también europeos, de tradición católico-romana u ortodoxa, alguno de ellos cuna de imperios, cuya evolución ha quedado muy distante y que, aun a pesar de haberse integrado en la moderna Unión Europea (esto no pudo verlo Weber) se han quedado en el furgón de cola y tienen que ser atendidos permanentemente (¿hasta cuándo?) en la UVI financiera. Y su análisis le llevó a descubrir una serie de razones que bien podríamos denominar como valores que, según su criterio, hicieron posible la destacada prosperidad de los países protestantes: 1) una ética fundada en los valores cristianos a prueba de corrupción; 2) un sentido del trabajo bien hecho, como si fuera directamente hecho para Dios; 3) un estilo de vida ascético, en el que el núcleo central de la conducta familiar y social era algo tan simple como no gastar por encima de los ingresos; 4) renunciar al lujo innecesario y al despilfarro y reinvertir en los negocios las plusvalías; y 5) control y condena de la corrupción [1]
.

Somos conscientes de que vivimos en tiempos diferentes y de que en los tiempos que corren los modelos del pasado pueden no servir para el presente, pero no estaría de más recuperar la receta que impulsó la ética protestante y aplicarla tanto a nivel familiar como en lo que afecta a las administraciones públicas, cuyos gestores no deberían olvidar que, además de utilizar fórmulas semejantes para el común de sus administrados, tienen la obligación moral de aplicárselas a ellos mismos. Y si no podemos hospedarnos en el *Sheraton*, hacerlo en el hostal ubicado a 200 metros; y si no tenemos presupuesto para ir a comer al
Lhardy
, conformarnos con
Casa Momo
o, simplemente, comer en la casa de uno, y dar gracias a Dios porque podemos hacerlo,

mientras hay millones de personas a quienes les está negado tal lujo; y no elevar al nivel de drama el no poder salir de vacaciones, o viajar al extranjero, o cambiar de coche, o…

(EL PRESENTE ARTICULO FUE ESCRITO CON ANTERIORIDAD AL SURGIMIENTO DE LA PANDEMIA DEL VIRUS COVID-19, PERMANECIENDO INÉDITO HASTA LA FECHA).

[1] Un estudio en profundidad de este tema lo hacemos en nuestro libro Protestantismo y crisis, Publidisa (Madrid: 2012)

Autor: Máximo García Ruiz. Julio 2020 / Edición: Actualidad Evangélica

© 2020- Nota de Redacción: Las opiniones de los autores son estríctamente personales y no representan necesariamente la opinión o la línea editorial de Actualidad Evangélica.



***MÁXIMO GARCÍA RUIZ**, nacido en Madrid, es licenciado en Teología por la Universidad Bíblica Latinoamericana, licenciado en Sociología por la Universidad Pontificia de Salamanca y doctor en Teología por esa misma universidad. Profesor de Historia de las Religiones, Sociología e Historia de los Bautistas en la Facultad de Teología de la Unión Evangélica Bautista de España-UEBE (actualmente profesor emérito), en Alcobendas, Madrid y profesor invitado en otras instituciones. Pertenece a la Asociación de Teólogos Juan XXIII. Ha publicado numerosos artículos y estudios de investigación en diferentes revistas, diccionarios y anales universitarios y es autor de 21 libros y de otros 12 en colaboración, algunos de ellos en calidad de editor.*

{loadposition maxgarcia}